

# lo que RESTA DEL DIA

Kathya Jemio Arnez

## Débora Arango

SEMBLANZA en que la polémica pintora Débora Arango de 97 años, hilvana recuerdos, confiesa debilidades y revela algunas situaciones cotidianas en *Casablanca*. Esto mientras su obra se abre al reconocimiento y se expone en diversos centros culturales locales, nacionales y del extranjero. Desde septiembre y por dos meses, el Museo de las Américas (Madrid) exhibió sus acuarelas. El desnudo, la sátira política y las contradicciones sociales que recogió de la sociedad mediante la denuncia social, obligó a las instituciones antioqueñas desde la década de los 40 a mirarse en reverso y a plantearse la revisión de los valores dominantes de la época.

– Venga...venga,... venga...sí...venga...venga...sí...sí...

La letanía de Elvira Arango Pérez de 86 años, hermana de la pintora Débora Arango Pérez de 97 años, ambas últimas hijas vivas de Castor Arango y Elvira Pérez; es como un leve zumbido para la encargada de cuidarlas.

– Se pone necia a esta hora– dice a desgano la joven cuidante. Se acerca y le insta a caminar. La sostiene y con impulso levanta a la anciana que vanamente intenta obedecer impedida de dar un paso tras otro.

– Camine pues, camine. No. ¡Hágale pues!– la entusiasma. La octogenaria busca aturdidamente, afanosamente, realizar la orden... A su pesar, breves minutos más tarde, con el fracaso esperado es abandonada en el sillón. Hundida otra vez balbucea presta a reiniciar su letanía.

– Es necia a esta hora – recalca la mujer alejándose a continuar sus quehaceres en *Casablanca*.

Silenciosamente Débora escudriña la situación. Su pelo está recortado como siempre y sus manos que se apoyan en mi muñeca desplazan abundante piel en cada movimiento. Revisa en estos momentos *El arte de la irreverencia*,<sup>1</sup> publicado por el Ministerio de Cultura y Deporte en 1996. Advierto que disfruta intensamente la experiencia de reconocer su obra impresa, sin dejar por eso, naufragar en angustia a la hermana.

– Elvira, tranquila, espera...

– Venga...venga,... venga...sí...venga...venga...sí...sí... – demanda algo que a Débora la lleva a confesar con pesar «No la entiendo. (...) Me dijo que la enterráramos, pero no soy capaz [de vivir] sin ella. Es mi compañerita».

El ruido del municipio suena lejano. Las dos ancianas, su viejo perro, la pareja de cuidantes y Carmela, la antigua empleada, ayudante de cocina durante cuarenta años, no son afectados en la casona familiar: bocinas, ruidos de máquinas, voces pérdidas y risas llegan sin conexión a esta sala de infinidad de pequeños objetos sobre antiguos muebles. Predominan los colores ocres del pasado. De patio a patio circula una brisa aún atemperada.

Débora y Elvira comienzan la tarde...

– ¿Quién es usted? – indaga.

Débora no se acuerda de mí. Cinco semanas fueron suficientes para que unós eventos enterraran a otros. Frunce el ceño y me observa hasta parece ayudada por el olfato y tacto. Luego de la requisa amablemente comenta ante la explicación de mi presencia, lo bueno que es recordar lo hecho hace seis décadas.

– ¿El día es muy largo Débora?

– A veces sí...muy largo. Antes no. Me faltaban días para pintar, para dedicarme a lo que me gustaba mucho y

pasaba en un rato el día. [...] Yo no tuve un baile sino sentarme. [Ahora] lo que más hago y lo que más me gusta – indica el televisor de la sala– las noticias. Enterarme de todo. Aún cuando es tan duro lo que uno ve, lo que uno sabe. Pasan cosas terribles.

Es viernes y está gris. Afuera empezó el goteo suave y persistente. Con los hombros encogidos, la cabeza profundamente metida entre ellos mirando de abajo y con las cejas fruncidas reteniendo la humedad, se apresuran los transeúntes. A pocas cuadras, próximo al metro, el río, turbio y sin bravura avanza en su cauce.

Envigado es un municipio próximo a Medellín. Sus calles estrechas y cortas denuncian cierta vocación de pueblo chico a pesar de la proximidad con el desarrollo industrial, comercial e inmobiliario que se advierte al llegar desde las estaciones: Ayurá, Envigado e Itagüí.

Cuando se llega al Parque se ingresa al corazón de la comunidad. “Vivir en Envigado es muy bueno” dicen quienes diariamente hacen el recorrido Medellín-Envigado. Débora transitó desde principios del s. xx por estas tierras. En familia llegaba los domingos a los almuerzos de *mamá Rufina*. “Está hermoso” dice ella misma con el rostro radiante a la hora de opinar del progreso que llegó.

*Casablanca* es la antigua casona paterna y está a pocas cuadras del Parque. Por su frontis se extiende la jardinera de la avenida y en un ancho, de inmaculado blanco vigila la Virgen. Adentro, en una sala, Débora Arango dormita antes de mi llegada. La melena alborotada cae a un lado de su frente. Las arrugas en el ceño aparecen

incluso durante el descanso. Una chaqueta de lana azul oscuro intenso la cubre. La araña desciende del centro del recinto y aclara levemente el atardecer lluvioso.

El silencio del recinto acompaña a cierta letanía en el ambiente. El momento parece réplica de anteriores: Débora está en el sillón próximo al patio interno y Elvira, desde algún lugar desconocido, con asidero terrenal, desciende regularmente y vigila la puerta que comunica con el patio externo y la perrera.

– Venga...venga...venga...si...venga...venga...si...si... – balbucea repetidamente la delicada octogenaria.

– Vea, mi hermanita está enferma – dice la pintora y señala hacia donde ésta se encuentra de un azul claro y distante. «está hablando sola. Cree que hablamos con ella, pero no entiende...», susurra en tono confidencial.

Los aproximadamente tres metros que nos separan, dan cuenta que Elvira no participa. Confunde lo real y lo mental. Tiene juntos y encogidos los pies hacia la parte baja del asiento y con monosílabos responde los ecos, mientras su mirada persigue sombras que llegan del corredor interno.

Las repudiadas, desde las acuarelas que Débora sostiene sobre sus rodillas, aparecen, en este día particular, pensativas, preocupadas por cosas del amor: unas cavilan, otras sensibles, tienen expresión pagana. Todas en situaciones humanas, refugios del bien y el mal.

– Si – explica más tarde cuando indago acerca del valor testimonial de la pintura “... es testimonio de historias ciertas. Tenía todo en mis apuntes... Si. Son historias. Unas verdaderas y otras tomadas de mi imaginación. [...] Vea, *La Mística*. Es una historia, un testimonio [...] ¡Si! Se puede decir que la pintura es testimonio de una época. Por ejemplo *Friné o la trata de blancas*, es la venta de esclavos.

Seguramente en Colombia [...] ¡Si! Es una historia que yo escuché. También *Abandono* como ve él se ha ido, ha dejado algunas cosas cerca y ella está triste, tal vez llorando... [...] Vea, en Barranquilla estuve cerca de un mes con los jesuitas y allí iba esta mujer *costeña* [enfatisa en el origen como prueba de belleza al tiempo que señala en el libro]. ... muy linda. Ella aceptó posar. Su historia es *bizarra*. Vivía con su marido o su compañero... tal vez. Seguramente algo lo desengañó a él. Andaba cantando el desengaño. Pero vivían juntos...”

– ...Pintado...pintado...venga...venga...

Elvira recoge algunas palabras mientras se esfuerza por levantar un pañuelo de la mesa auxiliar. Logra finalmente hacerlo. Lo retiene unos segundos en dedos temblorosos. Este nerviosismo de la hermana no pasa desapercibido para Débora. En un segundo pasa de respuestas distraídas a mirada vigilante y actitud paciente. Sujeta el libro de pinturas, levanta el mentón y después de asegurarse que la escuchará, busca persuadirla y apaciguarla:

– Elvira, tranquila, espera.

Pareciera que por fin se comprenderá lo que dice, pero retoma el mismo hilo:

– Venga...venga...

Es entonces que aprecio la claridad y dominio de la Maestra. Calcula las circunstancias, la situación que nos rodea y ágil persuade con sentimiento y firmeza:

– Si, Elvira, tranquila, espera... – Se entiende su intervención como una decisión proveniente de los días, del tiempo y lo irreversible de las cosas. Pero más allá de mis apreciaciones es un hecho que su hermana no puede o para decir mejor, está impedida de acatar la orden. Su urgencia parece extrema. Es evidente que perdió el débil hilo diferenciador que inútilmente marca las pautas de convención lineal de los hechos.

– Mi hermanita está muy enfermita del riñón, es lo peor. Fue en sus tiempos muy linda. Ella ha sido mi compañerita de viajes. Ha sido una persona muy asentada.

Lo mismo pero de otra manera cuenta Carmela de 86 años. Ella fue ayudante de Elvira en la cocina durante muchas décadas.

– Yo conocí al papá. Cuando yo llegué aquí, estaba la mamá recién muerta. El papá ahí... En la sillita me toco don Castor y todos los [hermanos] conocí. Todos. Solamente no conocí a Gerardo ni a Roberto porque no vivían en Medellín. Yo llegué luego aquí. Entonces conocí a Enrique, al Dr. Tulio y a todos los otros hermanos. Porque eran como 5 hermanos hombres. Eran, Tulio, Roberto, Gerardo, Enrique y Gilberto. Esos son todos. Pero [a] Roberto y Gerardo no, porque vivían en Medellín.

– ¿Y a las hijas las conoció?

– A todas. Unas se casaron y otras no. Se casó Dora. Quedaron Elvira y la Sta. Débora solteras.

– Ud. se dedicaba a la cocina. ¿Qué hacía?

– ¡Ah! Yo hacía la cocina. Entre la niña Elvira y yo hacíamos la comida para todos. Porque habíamos mucha gente en esa época. ¡Ave María! Habíamos mucha gente. Entonces la niña Elvira [y yo] hacíamos mucha comida porque era mucha gente.

– ¿Y cómo era Elvira?

– ¡Ah! Elvira muy querida. Ella y todas eran muy formales. Todos han sido muy buenos conmigo y muy formales.

– Qué hacía Débora en la casa, ¿era muy activa?

– Pintando...Ella pintaba mucho. ¡Ave María! Ese es destino de ella, pintar.

Roque es otro habitante de la casona. Todo amarillo opaco salió a saludar a mi llegada. No ladra ni mueve la cola. Tiene hinchazón y dureza de cuero, patas delgadas y vientre grueso característico de los viejos. Se aproxima y olfatea sin reconocer luego, sin exteriorizar sensación alguna retorna. Cumple su oficio de vigilante. Llega al fondo del patio y allí en la perrera, penosamente se enrosca.

## El Obispo (1941)

Con la sana intención de aproximarme a sus recuerdos pregunto acerca de las primeras reacciones a su creación. Entiendo que ya lejos en el tiempo es una oportunidad más de reconstruir sus relaciones después de haberlas transitado.

– Vea, yo no note si me criticaron. Unas dejaron de saludarme. Otras, las mismas compañeras protestaron y no quisieron volver [a las clases de pintura], pero a mi no me interesaba. Yo amaba mi pintura, amaba mis desnudos. No me

importaba nada... [Silencio y reflexión]. Hoy me saludaban...hoy no me saludaban. En la circunstancia de que había salido en el periódico alguna *noticia* algún algo mío, entonces me volvían y no me saludaban...El monseñor de esa época me hizo llamar. Fui con un amigo periodista y no llevé ninguna pintura. Preguntaba como Ud., ¿y esto Débora, por qué esto? ¿qué significa esto? Y quiero ver *Adolescencia*. Le expliqué y me dijo que le llevara... [el cuadro] y... no le llevé. Yo no hacía nada malo. No era pecado. Entonces nunca fui a confesarme y hablar de mi pintura porque considero que no es pecado.

Mientras conversa, salta del libro que está revisando, el tumulto extremadamente particular que capturó en *El Obispo*.<sup>2</sup> (Acuarela, 1.20 x 1.33m, 1941).

Después de más de sesenta años de su creación encontramos en su expresión, miradas curiosas de unos, lascivas de otros y un halo de paganismo campante en Semana Santa. Es una representación subversiva sin lugar a dudas. Asoman de la acuarela un obispo y una joven mujer arrodillada, monaguillos y muchos curiosos. Representan en la "situación" la piedad y en la "expresión" el signo de lo pagano: deseo, lujuria, placer, pecado.

Queda así evidencia de las razones de intervención de sectores católicos, del repudio que la persiguió desde su primera exposición de desnudos (club Unión, 1939), de la reacción de los “tartufos” de la época, de la hostilidad del gremio y de la fiereza del establecimiento estético. Si observamos bien, sucede algo fuera de lo previsto que Débora Arango relata:

– Sucedió cerca de [la iglesia de] Veracruz. [Fue] una Semana Santa que pasaba la procesión y una frutera al ver al Obispo, se hizo entre la gente y logró llegar allá, entonces el mandil que lo tenía muy gastado, lo remangó en la cintura. Tenía una expresión feliz. Yo lo vi y me pareció hermoso. Estaban los monaguillos. Todo era cerca de Veracruz.

Ese instante que recuerda la pintora parece haber congelado la fuerza del disturbio. La escena desborda en la expresión. Las miradas de curiosos y monaguillos delatan pasiones revolviéndose. Son contrarias a los actos y gestos místicos ahí presentes. En segundo plano está la multitud que representa al pueblo católico. En la escena no hay manzanas como ocurre con *Manzanas en el paraíso*, pero recordemos que la arrodillada es una vendedora de

frutas...Hecho de por sí solo evocador...

– Es hermosa – confiesa la pintora, señalando a la frutera, que humilde besa la mano del hombre místico.

*El Obispo* descubre el plano de lo real exaltado: una pecadora frente al dador de perdones. Palpitan las creencias en los colores. El hombre vestido de blanco y ella primaveral. La acción presenta una mujer arrodillada, humilde, pecadora y un obispo de gesto magnánimo, místico. Expresivamente es humano. Descrito así el momento, comprendemos que unas acciones ocultan a otras y acusan lo prohibido bíblico y lo libre pagano.

El momento posee halos de piedad. Confirma que las pasiones son inherentes a la naturaleza humana. Arrodillada la mujer besa la mano del dador. En la mirada del hombre se advierte lo profundamente humano sublimado en el acto religioso del día santo. Los monaguillos sugieren por su adolescencia urgente, “el olor” de las circunstancias enlazadas y más allá de la dimensión católica, – confían en su instinto – observan a un hombre y una mujer.

Así develan lo que en un plano terrenal, humano, pagano y pasional se está destilando, mientras en un tiempo real y católico transcurre la procesión.<sup>2</sup>

La prohibición bíblica y su antítesis pagana son interpretaciones constantes de estas acuarelas, cuya consecuencia es el repudio, sin perder de perspectiva la dualidad de lo humano pasional y lo místico religioso. Esto se advierte en la prensa de la época: *La Defensa*, *El Colombiano*, *El Heraldo de Antioquia*, *El Diario*, *El Pueblo*, ingresan a una controversia que descubre la trayectoria de la maldición bíblica proyectada en la Exposición. Entre las expresiones empleadas están, “exhibición voluptuosa” “caracterizan a la bestia humana”, “milagros de la carne”, “obra impúdica”, “apenas son dignas de casa de Venus”, “moradas de las Venus suburbanas”, “en aras de la lujuria”, carne fresca de mujer es algo cáustico”, “esos desnudos han escandalizado”, “deberían ser arrancadas por inmorales”<sup>3</sup>.

Unas páginas más adelante, aparece *Manzanas en el paraíso* (Ca.1930-40. Acuarela, 57x181cm.). En la obra incorpora creencias de origen judeocristiano. Este detalle con impacto moral habilita el repudio a las pasiones y deseos *indignos* – otro signo– que señala la debilidad humana frente a los demonios de la intimidad.

– *Manzanas en el paraíso* es una mujer, puede ser *de mundo*, – dice la pintora. El título está enlazado al desnudo. Asocia la manzana con la serpiente, el paraíso y el pecado. Es decir, con la maldición bíblica del desnudo y la conciencia nueva del pudor y la vergüenza.

– Puede ser una mujer *de mundo* o cualquier mujer y de cualquier época, – recalca la hija de Castor Arango y Elvira Pérez esta tarde en Envigado. – «Si... Está pensando, tal vez recordando. Su mano juega con el pezón y ha estado comiendo manzanas...».

En otro plano y en un ambiente natural aparece *Montañas* con los mismos atributos expresivos que las obras mencionadas.

– *Montañas* – verbaliza la pintora mientras pasa su dedo por todos los promontorios. Señala al fondo la geografía. Sube y baja, baja y sube su índice sobre el papel. Llega al cuerpo desnudo y desliza su atención por el desnivel que forman sus pechos. Luego de recorrer la suave planicie del vientre eleva el dedo por el redondeado muslo hasta llegar a la parte más alta, la rodilla. Posteriormente desciende hasta el pie entrelazado. Quedan al otro extremo, una mano encima de la cabeza y parte de la otra entre los labios.

– *Adolescencia* es mi hermanita que posó – cambia de acuarela y comentario recordando que la retuvo para pintarla. “Es un cuadro que me gusta mucho. El color es fuerte. Nadie intentó cambiarme en el uso del color”.

## Un espacio cuanto más singular, más repudiado

– ¿La vida muy larga Débora?

Con esa manera puntillosa y esforzada como responden quienes han vivido para relatar lo

